

Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,
Gracias; pero no vuelvan
Jamás á repetirla.
Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venian,
Si quieren baile, vayan
Al soto de la villa.

AL NUEVO PLANTÍO QUE MANDÓ HACER
EN LA ALAMEDA DE VALENCIA EL MAR-
RISCAL SUCHET, AÑO DE 1812.

Ya la feliz ribera
Del Edetano rio
A gozar vuelve su beldad primera,
Y los que devastó furor impio
De Gradivo sangriento,
Feraces campos gratos á Pomona,
La amiga paz corona
Con árboles umbrosos,
Y ya en su nueva pompa bulle el viento.

Oh! prosperen dichosos!
Una edad y otra acrecentar los vea
Tronco robusto y ramas tembladoras;
Y cuando el rayo de la luz sebea
En las estivas horas
El aire enciende, asilo den suaves
Y tálamo fecundo
Al coro lisonjero de las aves.
Amor, el dulce amor, alma del mundo,
Aquí tendrá su imperio y monarquía,
Y los pensiles dejará de Gnido,
La mansion del Olimpo y sus centellas,
Por gozar atrevido,
En la que va á crecer floresta umbría,
Los verdes ojos de sus ninfas bellas.

¿Quien de sus flechas pudo
El pecho defender? Aquí el gemido
Del amator escuchará la hermosa,
El corazon herido,
Y el labic honesto á la respuesta mudo.
Aquí de su celosa

Pasion las iras breves
(Que breves han de ser de amor las
[iras])
Tal vez exhalará con tiernas voces;
Y en tanto el son de las acordes liras,
Llevado de los céfiros veloces,
Al canto y danza animará festivo,
Mientras alta Dictina rompe el velo
Nocturno, en carro de luciente plata,
Y con él arrebata
El curso de las horas fugitivo.
Y tú que viste de tu fértil suelo
Alzarse inútil muro,
Abatir la segur antiguos troncos,
De tu corva ribera honor sagrado,
Alcázares arder y humildes techos,
Tronar los bronce de Mavorte roncros,
Envuelta en humo oscuro
Tu ciudad bella, y rotos y deshechos
Ejércitos, y en sangre amancillado
Tu raudal cristalino,
¡Oh padre Túrta! si difundes el Cielo
Sobre tus campos su favor divino,
De guirnaldas ornándote la frente,
Corre soberbio al mar. En raudal vuelo
Dilatará la fama
El nombre, que veneras reverente,
Del que hoy añade á tu region decoro
Y de apolinea rama
Ciñe el baston y la balanza de oro,
Digno adalid del dueño de la tierra,
De el de Vivar trasunto,
Que en paz te guarda, amenazando
[guerra,
Y el rayo enciende que vibró en Sa-
[gunto.

A LA MARQUESA DE VILLAFRANCA,

con motivo de la muerte de su hijo el conde
de Niebla.

No siempre de las nubes abundante
Lluvia baña los prados,
Ni siempre altera el piélagos sonante
Boreas, ni mueve los robustos pinos
Sobre los montes de Pirene helados.

A los acerbos dias
Otros siguen de paz: la luz de Apolo
Cede á las sombras frias,
Al mal sucede el bien; y en esto solo
Los aciértos divinos
El hombre ve de aquella mano eterna,
Que en órden admirable,
Todo lo muda y todo lo gobierna.

Y tú, rendida á la aficcion y el llanto,
¿Durar podrás en luto miserable,
Sensible madre, enamorada esposa?
¿Pudo en tu pecho tanto
La pérdida cruel, que á la preciosa
Victima por la muerte arrebatada,
Otra añadir intentes?
¿Y no será que de tu ruego instada,
La prenda que llevó te restituya?
No, que la esconde en el sepulcro frio.

Esa vida fugaz no toda es tuya:
Es de un esposo, que el afan quesientes
Sufre, y el caso impio
Que de su bien le priva y su esperanza:
Es de tu prole hermosa,
Que mitigar intenta
Con oficioso amor tu amargo lloro,
Si tanto premio su fatiga alcanza.

Sube doliente á las techumbres de oro
El gemido materno,
Y en la callada noche se acrecienta.
La indócil fantasía
Te muestra al hijo tierno,
Como á tu lado le admiraste un dia,
Sensible á la amistad y al heredado
Honor; modesto en su moral austera;
Al ruego de los miseros piadoso;
De obediencia filial, de amor fraterno,
De virtud verdadera
Ejemplo no comun. Negó al reposo
Las fugitivas horas,
Y al estudio las dió: sufrió constante
Las iras de la suerte,
Cuando no usada á tolerar cadena,
La patria alzó sus cruces vencedoras.

Oh! si en edad mas fuerte
Se hubiese visto, y del arnés armado
En la sangrienta arena;
Oh! como hubiera dado
Castigo á la soberbia confianza
Del invasor injusto,
A su naciön laureles,
Gloria á su estirpe, y á su Rey ven-
[ganza.

Tanto anunciaba el ánimo robusto,
Con que en el lecho de dolor postrado
Le viste padecer ansias crueles;
Cuando inútil el arte
Cedió y confuso, y le cubrió funesta
Sombra de muerte en torno. El arco
[duro
Armó la inexorable, al tiro presta,
Y por el viento resonando parte
La nunca incierta vira.
Él, de valor, de alta esperanza lleno,
Preciando en nada el mundo que aban-
[dona,

Reclinado en el seno
De la inefable religion, espira.

Ya no es mortal: entre los suyos vive:
Espléndida corona
Le circunda la frente.
El premio de sus méritos recibe
Ante el solio del Padre omnipotente,
De espíritus angélicos cercado,
Que difunden fragancias y armonía
Por el inmenso Olimpo, luminoso.
Debajo de sus pies parece oscuro
El gran planeta que preside al dia.
Ve el giro dilatado
Que dan los orbes por el éter puro,
En rápidos ó tardos movimientos;
Verá los siglos sucederse lentos;
Y él, en quietud segura,
Gozará venturoso
Del sumo bien que para siempre dura.

EN NOMBRE DE UNAS NIÑAS.

A los días de la duquesa de Wervick y Alba.

Admite benigna,
Duquesa escelente,
Ofrenda que ausente
Tus siervas te dan.
Hoy alzan humildes
Sus ojos al Cielo:
Su amor y su zelo
No vanos serán.

La voz inocente
Al Númen agrada,
Que vuela inspirada
De puro candor.
Oh! llegue á su oído
La súplica nuestra:
Prodigue su diestra
En tí su favor.

Dilate tu vida
En prósperos años;
Ni sienta los daños
Del tiempo cruel.
Cual árbol robusto
Que dura creciendo,
El aura moviendo
Las flores en él,

Amante y esposo,
Ocupe tu lado
Aquel fortunado
Mancebo gentil.
Coronen su frente
Laureles de gloria:
Fatigue á la historia
Mil años y mil.

Cercada te mires
De prole fecunda:
En ella se funda
La dicha de amor.
En ella hermanarse
Verás fortaleza,
Cordura, belleza,
Virtud y valor.

Que al nombre heredado
De ilustres abuelos
Conceden los Cielos
Honor inmortal.
Conceden, que al mundo
Viviendo famosos,
Tus hijos dichosos
Le adquieran igual.

Por ellos un día
Intrepida España
Sabrá en la campaña
Lidiar y vencer.
Y alzando, ofendida,
Cruzados pendones,
De osadas naciones
Domar el poder.

A LA MUERTE DE DON JOSÉ ANTONIO
CONDE,*docto anticuario, historiador y humanista.*

¡Te vas, mi dulce amigo,
La luz huyendo al día!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fría
En el estrecho límite,
Mudo tu cuerpo está!

Y á mí, que débil siento
El peso de los años,
Y al Cielo me lamento
De ingratitud y engaños,
Para llorarte ¡miseró!
Largo vivir me da.

O fuéramos unidos
Al seno delicioso,
Que en sus bosques floridos
Guarda eterno reposo
A aquellas almas inclitas,
Del mundo admiración:

O á mí solo llevara
La muerte presurosa,

Y tu virtud gozara
Modesta, ruborosa,
Y tan ilustres méritos
Ufana tu nacion.

Al estudio ofreciste
Los años fugitivos,
Y jóven conociste
Cuanto le son nocivos
Al generoso espíritu
El ocio y el placer.

Veloz en la carrera,
Al templo te adelantas
Donde Témis severa
Dicta sus leyes santas,
Y en ellas digno intérprete
Llegaste á florecer.

Ciñeronte corona
De lauros inmortales
Las nueve de Helicon;
Sus diáfanos cristales
Te dieron, y benévolas
Su lira de marfil.

Con ella, renovando
La voz de Anacreonte,
Eco amoroso y blando
Sonó de Pindo el monte,
Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.

Febo te dió la ciencia
De idiomas diferentes.
El ritmo y afluencia
Que usaron elocuentes
Arabia, Roma y Atica,
Supiste declarar.

Y el cántico festivo,
Que en bélica armonía
El pueblo fugitivo
Al Númen dirigía,
Cuando al feroz ejército
Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó á tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y mármoles
Amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas,
De cuantas dió al olvido
Acciones generosas
La edad que vuela rápida,
Memorias te dictó.

Desde que el Cielo airado
Llevó á Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael;

Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos Arabes
Las cruces de Isabel:

A tí fue concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz ó la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.

Y á tí de dos naciones
Ilustres enemigas,
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerle esperaba
En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida

Debe primero oír.

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba.
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.

Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la region de olvido
Ciñes áurea corona,
Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardón,

No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérfidas
Envidia y ambición.

Traducciones de Horacio.

A VÉNUS. (Lib. I, oda 30.)

Deja tu Chipre amada,
Venus, reina de Pafos y de Gnido,
Que Glicera adornada
Estancia ha prevenido,
Y te invoca con humos que ha espar-
[cido.]

Trae al muchacho ardiente
Y las gracias, la ropa desceñida,
Y á Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La juventud, sin ti no apetecida.

A LEUCÓNOE. (I, II.)

No pretendas saber (que es imposible)
Cual fin el Cielo á ti y á mí destina,
Leucónoe, ni los números caldeos

Consultes, no; que en dulce paz cual-
[quiera]

Suerte podrás sufrir. O ya el tonante
Muchos inviernos á tu vida otorgue,
O ya postrero fuese el que hoy que-
[branta]

En los peñascos las tirrenas ondas,
Tú, si prudente fueres, no rehuyas
Los brindis y el placer. Reduce á breve
Término tu esperanza. La edad nuestra
Mientras hablamos envidiosa corre.
Ay! goza del presente, y nunca fies,
Crédula, del futuro incierto día.

A ICCIO. (I, 29.)

¿Qué, al fin las riquezas
De la Arabia envidias,
Iccio, y á los Reyes,
No vencidos antes,
De Sabá preparas
Guerra luctuosa,
Y al medo terrible
Pesadas cadenas?
¿Cual servirse puede
Bárbara cautiva,
Que lllore á tus manos
Su esposo difunto?
¿Cual en regio alcázar
Llenará tus copas,
Ungido el cabello
De aromas suaves,
Mancebo ministro,
Enseñado solo
A tirar saetas
Séricas, doblando
El arco paterno?
¿Quién ya dudaría
Poder los arroyos
Subir á las cumbres,
Y el rápido Tibre
Volver á su fuente,
Si tu de Panecio
Las preciadas obras
Y las que produjo
Socrática escuela

QUE LA VIRTUD NADA TEME. (III, 3.)

El que inocente
La vida pasa,
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos; ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas,
O á las regiones
Que Hidaspe baña,
O por las Sirtes
Muy abrasadas,
O por el yermo
Cáucaso vaya.

Yo la sabina
Selva cruzaba,
Cantando amores
A mi adorada
Lálage, libre
De afán el alma,
Por muy remoto
Sitio, sin armas;
Y un lobo fiero
Me ve y se aparta.
Monstruo igual suyo
No tiene Dáunia
En montes llenos
De encinas altas,
Ni los desiertos
De Mauritania,
Donde leones
Y tigres braman.

Ponme en los yertos
Campos, do el aura
No goza estiva
Ninguna planta,
Lado del mundo,
Region helada
Que infestan vientos
Y nubes pardas;
O en la que al rayo
Del sol cercana,
De habitaciones

(No á costa de leve
Afan adquiridas)
Dar quieres en cambio
De arneses iberos?
¡Tú, que prometiste
Virtudes mayores!

A LICINO. (II, 10.)

Rumbo mejor, Licino,
Seguirás no engolfándote en la altura,
Ni aproximando el pino
A playa mal segura,
Por evitar la tempestad oscura.

El que la medianía
Preciosa amó, del techo quebrantado
Y pobre se desvía,
Como del envidiado
Alcázar de oro y pórpidos labrado.

Muchas veces el viento
Arboles altos rompe: levantadas
Torres con mas violento
Golpe caen arruinadas:
Hierne el rayo las cumbres elevadas.

No en la dicha confía
El varón fuerte; en la aflicción espera
Mas favorable día:
Jove la estación fiera
Del hielo vuelve en grata primavera.

Si mal sucede ahora,
No siempre mal será. Tal vez no escusa
Con cítara sonora
Febo animar la musa;
Tal vez el arco por los bosques usa.

En la desgracia sabe
Mostrar al riesgo el corazón valiente;
Y si el viento tu nave
Sópla serenamente,
La hinchada vela cográs prudente.

Carece y aguas:
Lálage siempre
Será mi amada,
Dulce si ríe,
Dulce si canta.

A PÓSTUMO. (II, 14.)

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,
Póstumo, caro Póstumo, los años!
Ni la santa virtud el paso estorba
De la vejez rugosa que se acerca,
Ni de la dura, inevitable muerte.
Y aunque á su templo des tres heca-
[tombes
En cada aurora, sacrificio y ruego
Pluton desprecia, á tu lamento sordo.
El al triforme Gerion y á Ticio
Guarda, y los ciñe con estigias ondas,
Que han de pasar cuantos la tierra ha-
[bitan,
Pobres y reyes. Y es en vano el crudo
Trance evitar de Marte sanguinoso,
Y las olas que en Adria el viento rompe
Con sordo estruendo; y vano, en el
[maligno
Otoño el cuerpo defender del Austro:
Que al fin las torpes aguas del oscuro
Cócito hemos de ver, y las infames
Bélides, y de Sísifo infelice
El tormento sin fin que le castiga.
Tu habitación, tus campos, tu amorosa
Consorte dejarás. Ay! y de cuantos
Árboles hoy cultivas, para breve
Tiempo gozarlos, el ciprés funesto
Solo te ha de seguir. Otro mas digno
Sucesor brindará del que guardaste
Con cien cañados céculo oloroso,
Bañando el suelo de licor, que nunca
Otro igual los pontífices gustaron
En áureas tazas de opulenta cena.

A AUGUSTO. (I, 12.)

¿De cuál varon ó semidios el canto

Previenos, alma Clio,
En corva lira ó flauta resonante?
¿De cuál deidad? ¿á cuyo nombre santo
Eco responda alegre, en el umbrío
Helicon, ó el Pindo, ó en la altura
Del Hemohelada, en que se vió vagante
Selva seguir del tracio la dulzura,
Que el curso detenía

De los torrentes rápidos, usando
Maternas artes, y al sonoro acento
De sus cuerdas los árboles movía,
Y el impetu veloz paró del viento?

¿A quién primero ensalzaré cantando,
Sino al gran padre, que la estirpe hu-
[mana

Y la celeste rige, el mar, la tierra,
Y al variar contino
Del tiempo, anima cuanto el orbe en-
[cierra

Él es primero y solo, igual no tiene
Su esencia soberana;

Si bien segunda en el honor divino,
Inmediato lugar Palas obtiene.

Ni á tí, Baco, en batallas animoso
Callaré, ni á la Virgen cazadora,
Ni á Febo luminoso,
Diestro en herir con flecha voladora.

Tambien los triunfos cantaré de Alei-
[des,

Y á los hijos de Leda, celebrado
Ginete el uno, y en dudosas lides
El otro vencedor; cuya luz clara,
Luego que al navegante resplandee,
Precipita del risco levantado
La espuma resonante,
El rauda viento pára,
La negra tempestad desaparece,
Y á su influjo, del mar en breve instante
Calma el furor terrible.

Dudo si aplauda al fundador Quirino
Después de aquellos, del prudente Nu-
[ma

El gobierno apacible,
Las haces justicierás de Tarquino,

O de Caton la muerte generosa,
Los Escauros, y Régulo constante,
O si de Emilio cante,
Pródigo de la vida,

La palma por Anibal obtenida.
Curio, la cabellera mal compuesta,
Fabricio, el gran Camilo, victorioso
Adalid á quien dieron sus abuelos
Hacienda escasa y parca, la molesta
Pobreza toleró. Crece frondoso
Con una y otra edad árbol robusto;
Así la fama crece de Marcelo:

Y vemos ya en el cielo
Brillar de julio la divina estrella,
Cual suele entre menores
Lumbres Dictina aparecerse bella.
Jove Saturnio, tú de los mortales
Amparo y padre, á quien cedió el des-
[tino

La proteccion de Augusto,
Tú reina, y él á tí segundo sea.
O ya sobre los Partos desleales,
Que amenazan el término latino,
Adquiera triunfo justo;
O en las últimas playas del Oriente
Indos y Seres humillados vea:
Él, inferior á tí, de soberano
Leyes al mundo; tú, de Olimpo ar-
[diente

En grave carro oprime las alturas,
Y el rayo vengador tu fuerte mano
Vibre, las selvas abrasando impuras.

PROFECIA DE NEREO. (I, 15.)

Llevando por el mar el fementido
Pastor á Helena en sus idálias naves,
Nereo de los aires la violenta
Furia contuvo apenas, y anunciando
Hados terribles: «En mal hora, esclama,
Llevas á tu ciudad á la que un dia
Ha de buscar con numerosas huestes
Grecia, obstinada en deshacer tus bo-
[das,

Y de tus padres el antiguo imperio.
¡Cuánto al caballo y caballero espera
Sudor y afan! ¡Oh cuánto á la dardania
Gente vas á causar estrago y luto!
Ya, ya previene Palas iracunda
El almete y el égida sonante,
Y el carro volador; y aunque soberbio
Con el favor de Venus la olorosa
Melena trences, y en acorde lira,
Grato á las damas, cantes amoroso
Verso, nunca será que las agudas
Flechas de Creta y las herradas lanzas,
Funestas á tu amor, huyendo evites;
Ni el militar estrépito, ni al duro
Ajax, ligero en el alcance. Tarde
Será tal vez, pero ha de ser, que en
[polvo

Tu cabello gentil todo se cubra.
Ay! ¿No miras al hijo de Laertes
Y Nestor el de Pilos, á los tuyos
Uno y otro fatal? ¿No ves que osados
Ya te persiguen, Teucro en Salamina
Príncipe, y el que vence las batallas
Y diestro auriga á su placer gobierna
Los caballos, lidiando, Esteneleo?
Tiempo será que á Merion conozcas
Y á Diomedes, mas fuerte que su padre.
¿Le ves, que ardiendo en cólera te bus-
[ca,

Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele
Si al lobo advierte en la vecina cumbre,
El pasto abandonar, así cobarde
Y sin aliento evitarás su golpe:
Y no, no fueron tales las promesas
Que á tu señora hiciste. La indignada
Gente que lleva Aquiles, el funesto
Hado de Troya y sus matronas puede
Un tiempo dilatar; pero cumplidos
Breves inviernos, las soberbias torres
Arderá de Ilion la llama argiva.»

CONTRA EL LUJO Y AVARICIA DE SU
TIEMPO. (II, 18.)

No de mi casa en altos artesones
Brilla el marfil ni el oro,

Ni columnas, que corta en sus regiones
 Apartadas el moro,
 Sostienen traves áticas. Ni intruso
 Sucesor, el alcázar opulento
 De Pérgamo ocupé. Nunca labraron
 Púrpuras de Laconia para el uso
 De su señor mis siervas;
 Pero vivo contento
 De que jamás faltaron
 En mi virtud y númen afluente.
 Soy pobre; pero el rico á mí se inclina.
 Ni pido mas á la bondad divina,
 Ni para que mis fondos acreciente
 Importuno al amigo generoso:
 Harto soy venturoso
 Con mis campos sábinos.
 Una y otra despues arrebatadas
 Huyen las horas, y de igual manera
 Las nuevas lunas á morir caminan.
 Tú, cercano á la muerte,
 De mármol edificas levantadas
 Fábricas, olvidado de la tumba;
 Y estrecho en la ribera
 De Bayas, donde el piélagos retumba

Buscas en él cimiento.
 ¡Qué mucho si los términos vecinos
 Alteras avariento,
 Usurpando á tus súbditos la tierra!
 Por ásperos caminos
 Tímidos huyen la muger y esposo,
 Ambos al seno puestos
 Sus dioses y sus hijos mal compuestos.
 Pues no, no tiene el hombre poderoso
 Palacio mas seguro
 Que la mansion del Aqueronte avara:
 Ella le espera habitador futuro.
 ¿Para qué anhelas mas? ¿si al que men-
 Hambriento y desvalido, [diga,
 Y al sucesor del trono, igual prepara
 La tierra sepultura;
 Ni el audaz Prometeo el aura pura
 Volvió á gozar, con dádivas vencido
 El que guarda las puertas del Averno?
 Él aprisiona á Tántalo, y la estirpe
 De Tántalo famosa:
 Él de quien sufre angustia dolorosa,
 (Invocado tal vez, ó aborrecido)
 El llanto acalla en el horror eterno.



Sonetos.

Sonetos.